



EL AURA

Aura

Te moverás unos pasos para que la luz de las veladoras no te ciegue. La muchacha mantiene los ojos cerrados, las manos cruzadas sobre un muslo: no te mira. Abre los ojos poco a poco, como si temiera los fulgores de la recámara. Al fin, podrás ver esos ojos de mar que fluyen, se hacen espuma, vuelven a la calma verde, vuelven a inflamarse como una ola: tú los ves y te repites que no es cierto, que son unos hermosos ojos verdes idénticos a todos los hermosos ojos verdes que has conocidos o podrás conocer. Sin embargo, no te engañas: esos ojos fluyen, se transforman, como si te ofrecieran un paisaje que sola tú puedes adivinar y desear.

Fuentes, Carlos. Aura. México, Era, 2001. P.12

Respirando el verano

Celia llegó al pueblo la mañana del veintiséis de diciembre de mil ochocientos setenta y uno. Los más viejos la recordaban porque fue la primera mujer que, en principio, confundieron con un hombre. Nadie hubiera sospechado que ese jinete sólidamente asentado sobre la silla, con las dos piernas abiertas en herradura y prensadas a los lomos del caballo como cualquier chalán, pudiera ser la sobrina del doctor Milciades Domínguez Ahumada que éste había escogido por esposa. Entró por la calle real -rubia y sólida bajo el sombrero de cabuya, mirando más allá de los árboles, temblándole los senos bajo la camisa de liencillo- y se dirigió sin preguntar, como guiada por un olor, a la casa de paja que quedaba bajo los dos almendros en un ángulo de la plaza. Desmontó y penetró allí y allí se quedó por espacio de setenta y siete años, en el transcurso de los cuales parió once hijos y sufrió siete velorios, entre ellos el de su esposo. Nunca más montó a caballo y, durante esos setenta y siete años, no salió sino doce veces al pueblo (ella llevaba, al respecto, una cuenta rigurosa) y sus otras salidas, esta vez por los lados de la playa, fueron con sus nietos para tomar los baños de mar. Su ausencia en un hospital de Panamá, cuarenta y seis años después, duraría dos meses. El resto fue la casa y el patio. Penetró a la casa como un alma que penetra en un cuerpo. De ahí su trabazón casi sagrada con los horcones, las vigas, las techumbres y las paredes de estiércol de vaca apretado contra las caña bravas. Cuando ella traspuso por primera vez el umbral, la casa tenía su misma edad y duró exactamente lo que duró ella. A los tres días de muerta la casa se derrumbó de golpe como si alguien le hubiese dado un brusco manotazo. Ella lo presentía y algunas veces, muchas veces, habló de eso con sus hijos. Sin embargo parecía no darle importancia a este aspecto, el más inquietante y misterioso de su existencia”.

Rojas Herazo, Héctor. Respirando el verano. Bogotá: Ediciones Tercer Mundo.

